

Pier Paolo Pasolini

ESCRITOS CORSARIOS

*Traducción del italiano
Juan Vivanco Gefaell*

ISBN: 978-84-96327-72-6
Depósito Legal: SE-6685-2009
Printed by Publidisa

 ediciones del oriente
y del mediterráneo

7 de enero de 1973

*Lo que dicen las melenas**

La primera vez que vi a los melenudos fue en Praga. En el vestíbulo del hotel donde me alojaba entraron dos jóvenes extranjeros con melena hasta los hombros. Cruzaron el vestíbulo, llegaron hasta un rincón un poco apartado y se sentaron a una mesa. Se quedaron allí sentados una media hora, observados por los clientes, incluido yo; luego se fueron. Tanto cuando pasaron a través de la gente que se agolpaba en el vestíbulo como cuando estuvieron sentados en su rincón apartado, no cruzaron una palabra (quizá, aunque no lo recuerdo, se cuchichearan algo, pero sería algo estrictamente práctico, inexpresivo, supongo).

Porque en esa situación especial —que era completamente pública, o social y, me atrevería a decir, oficial— no tenían necesidad de hablar. Su silencio era rigurosamente funcional. Lo era, sencillamente, porque la palabra era superflua. En efecto, ambos usaban para comunicarse con los presentes, con los observadores —con sus hermanos en ese momento— un lenguaje distinto del que está formado por palabras.

Lo que sustituía al lenguaje verbal tradicional y lo hacía superfluo —y se situaba de inmediato en el amplio dominio de los «signos», en el ámbito de la semiología— *era el lenguaje de su melena.*

* En *Corriere della Sera*, con el título «Contro i capelli lunghi» (Contra el pelo largo).

Se trataba de un signo único, la longitud de su melena que les llegaba a los hombros, en el que se concentraban todos los signos posibles de un lenguaje articulado. ¿Cuál era el sentido de su lenguaje silencioso y exclusivamente físico?

Era este: «Somos dos Melenudos. Pertenece a una nueva categoría humana que está apareciendo en el mundo en estos días, tiene su centro en Estados Unidos, y en las provincias (como por ejemplo —sobre todo— aquí en Praga) es desconocida. De modo que para vosotros somos una Aparición. Ejercemos nuestro apostolado, ya henchidos de un saber que nos colma y nos realiza totalmente. No tenemos nada que añadir oral y racionalmente a lo que física y ontológicamente dice nuestro pelo. El saber que nos colma, gracias a nuestro apostolado, algún día os pertenecerá también a vosotros. Por ahora es una Novedad, una gran Novedad que crea en el mundo, junto con el escándalo, una expectativa que no será traicionada. Hacen bien los burgueses en mirarnos con odio y terror, porque aquello en que consiste la longitud de nuestro pelo los impugna por completo. Pero no nos tomen por gente maleducada y salvaje: somos conscientes de nuestra responsabilidad. Nosotros no os miramos, vamos a lo nuestro. Haced lo mismo vosotros y esperad los Acontecimientos».

Fui receptor de esta comunicación, y también fui inmediatamente capaz de descifrarla: aquel lenguaje sin léxico, gramática ni sintaxis podía aprenderse inmediatamente, entre otras cosas porque, semiológicamente hablando, no era más que una forma de los «lenguajes de la presencia física» que siempre son capaces de usar los hombres.

Comprendí, y sentí una inmediata antipatía por esos dos.

Luego tuve que tragarme la antipatía y defender a los melenudos de los ataques de la policía y los fascistas. Por principio y con naturalidad, me puse de parte del Living Theatre, los *beats*, etc., y el principio que me hacía ponerme de su parte era un principio rigurosamente democrático.

Los melenudos se hicieron bastante numerosos, como los primeros cristianos, pero seguían siendo misteriosamente silenciosos; su pelo largo era su única y verdadera ventaja, y les importaba poco añadir algo más. Su habla coincidía con su ser. La inefabilidad era el *ars retorica* de su protesta.

¿Qué decían, con su lenguaje inarticulado consistente en el signo monolítico del pelo, los melenudos en los años 1966-67?

Decían esto: «La civilización consumista nos da asco. Protestamos de un modo radical. Creamos un anticuerpo de esta civilización, mediante el rechazo. ¿Así que todo parecía ir sobre ruedas? ¿Que la nuestra debía ser una generación de integrados? Pues las cosas, en realidad, están así. Nosotros oponemos la locura a un destino de ejecutivos. Creamos nuevos valores religiosos en la entropía burguesa, justo cuando se estaba volviendo laica y hedonista. Lo hacemos con un clamor y una violencia revolucionaria (violencia de no violentos!) porque nuestra crítica a vuestra sociedad es total e intransigente».

No creo que, si les preguntaran con el sistema tradicional del lenguaje verbal, hubieran sido capaces de expresar de un modo tan articulado el asunto de su melena; el caso es que era eso, en sustancia, lo que expresaban. En cuanto a mí, aunque desde entonces sospechaba que su «sistema de signos» era el fruto de una subcultura de protesta que se oponía a una subcul-

tura de poder, y que su revolución no marxista era sospechosa, durante un trecho seguí estando de su parte, asumiéndolos por lo menos en el elemento anarquista de mi ideología.

El lenguaje de ese pelo, siquiera inefablemente, expresaba «cosas» de Izquierda. Quizá de la Nueva Izquierda nacida *dentro* del mundo burgués (con una dialéctica creada quizá artificialmente por la Mente que regula, fuera de la conciencia de los Poderes particulares e históricos, el destino de la Burguesía).

Llegó 1968. El Movimiento Estudiantil absorbió a los melenudos, que ondearon con las banderas rojas en las barricadas. Su lenguaje expresaba cada vez más «cosas» de Izquierda. (El Che Guevara era melenudo, etc.)

En 1969 —con la matanza de Milán, la mafia, los emisarios de los coroneles griegos, la complicidad de los ministros, la trama negra, los provocadores— los melenudos habían proliferado muchísimo. Aunque numéricamente aún no eran mayoría, sí que lo eran por el peso ideológico alcanzado. Ahora los melenudos ya no eran silenciosos, no delegaban al sistema de signos de su pelo su capacidad comunicativa y expresiva. Al contrario, la presencia física del pelo, de alguna manera, había quedado relegada a función distintiva. Volvía a funcionar en ellos el uso racional del lenguaje verbal. Lo de verbal no lo digo por decir, al contrario, lo destaco. Del 68 al 70 se habló muchísimo, tanto que durante una buena temporada se podrá dejar de hablar: la verbalidad tocó fondo y el verbalismo fue la nueva *ars retorica* de la revolución (¡el «gauchismo», enfermedad verbal del marxismo!).

Aunque el pelo —reabsorbido en la furia verbal— ya no hablase por su cuenta a sus atónitos receptores, aún pude agudizar mis dotes para la descodificación y,

en el estrépito, procuré prestar oídos al razonamiento silencioso, evidentemente ininterrumpido, de ese pelo cada vez más largo.

¿Qué es lo que decía entonces? Decía: «Sí, es verdad, decimos cosas de Izquierda; nuestro sentido —yá mero sostenedor del sentido de los mensajes verbales— es un sentido de Izquierda... pero... pero...».

La proclama de las melenas terminaba así; yo mismo debía encargarme de completarla. Con ese «pero», evidentemente, querían decir dos cosas: 1) «Nuestra inefabilidad es cada vez más irracional y pragmática; la preponderancia que atribuimos silenciosamente a la acción es de carácter subcultural y por lo tanto, sustancialmente, de derecha». 2) «También nos han adoptado los provocadores fascistas, que se mezclan con los revolucionarios verbales (el verbalismo también puede llevar a la acción, sobre todo cuando la mitifica), y somos una máscara perfecta, no solo en el plano físico —nuestro desordenado fluir y ondear tiende a homologar todas las caras— sino también en el cultural, puesto que la subcultura de Derecha puede confundirse perfectamente con una subcultura de Izquierda».

Comprendí, en suma, que el lenguaje del pelo largo ya no expresaba «cosas» de Izquierda, sino algo equívoco, Derecha-Izquierda, que permitía la presencia de provocadores.

Hace unos diez años, pensaba yo, entre nosotros, la generación anterior, un provocador era casi inconcebible (a no ser que fuera un excelente actor), pues su subcultura se habría distinguido, *también físicamente*, de nuestra cultura. ¡Lo habríamos reconocido por los ojos, la nariz, *el corte de pelo!* No habríamos tardado en desenmascararlo y darle su merecido. Hoy eso ya no es posible. Nadie podría distinguir ya por la presencia

física a un revolucionario de un provocador. Derecha e Izquierda se han fundido físicamente.

Y así llegamos a 1972.

El mes de septiembre estaba en la pequeña ciudad de Ispahan, en plena Persia. País subdesarrollado, como horriblemente se dice, pero también, como también se dice horriblemente, en pleno despegue.

Sobre el Ispahan de hace diez años, una de las ciudades más hermosas del mundo, cuando no la más hermosa, ha nacido un Ispahan nuevo, moderno y feísimo. Pero por sus calles, en el trabajo o paseando, al atardecer, se ven los muchachos que se veían en Italia hace diez años: hijos dignos y humildes, con sus hermosas nuca, sus hermosas caras límpidas bajo unos altivos mechones inocentes. Pues bien, una noche, caminando por la calle principal, vi entre todos esos muchachos antiguos, guapísimos y portadores de la antigua dignidad humana, a dos seres monstruosos: no eran verdaderos melenudos pero llevaban el pelo cortado a la europea, largo por detrás, corto en la frente, como estopa a fuerza de peinarlo, pegado artificialmente alrededor de la cara con dos mechoncillos repulsivos sobre las orejas.

¿Qué decía este corte de pelo? Decía: «¡No nos incluyan entre estos muertos de hambre, estos pobretones, que se han quedado atrás en la barbarie! Somos empleados de banca, estudiantes, hijos de gente enriquecida que trabaja en las empresas petroleras; conocemos Europa, hemos leído. ¡Somos burgueses, y nuestro pelo largo proclama nuestra modernidad internacional de privilegiados!».

Ese pelo largo aludía, por lo tanto, a «cosas» de Derecha.

El ciclo se ha cerrado. La subcultura del poder ha absorbido la subcultura de la oposición y se la ha

apropiado. Con diabólica habilidad, pacientemente, la ha convertido en una moda que, si no se puede llamar propiamente fascista en el sentido clásico de la palabra, es, sin embargo, de una «extrema derecha» real.

Concluyo con amargura. Las máscaras repugnantes que se ponen los jóvenes en la cara, afeándose como putas viejas de una iconografía injusta, recrean objetivamente en sus fisonomías lo que siempre han condenado verbalmente. Han salido a relucir las viejas caras de curas, jueces, oficiales, anarquistas espurios, empleados bufones, picapleitos, sabihondos, mercenarios, intrigantes, carcas gamberros. La condena radical e indiscriminada que han pronunciado contra sus mayores —que son la historia en evolución y la cultura anterior— ha levantando contra ellos una barrera insuperable, ha acabado aislándolos, impidiéndoles mantener una relación dialéctica con sus mayores. Pero solo a través de esa relación dialéctica —aunque fuera dramática y extremada— habrían podido tener conciencia histórica de sí mismos y avanzar, «superar» a sus mayores. En cambio, el aislamiento en que se han encerrado, como en un mundo aparte, en un gueto reservado a la juventud, los ha mantenido en su realidad histórica inamovible, con la consiguiente y fatal regresión. En realidad han vuelto más atrás que sus padres, resucitando en su alma terrores y conformismos y, en su aspecto físico, convencionalismos y miserias que parecían superados para siempre.

Ahora el pelo largo, con su lenguaje inarticulado y obseso de signos no verbales, con su iconicidad chulesca, dice las «cosas» de la televisión y los reclamos publicitarios, cuando ya es inconcebible un joven que no tenga el pelo largo: un hecho que, hoy en día, sería escandaloso para el poder.

Siento un enorme y sincero disgusto al decirlo (es más, una auténtica desesperación): miles, cientos de miles de caras de jóvenes italianos se parecen cada vez más a la cara de Merlino¹. Su libertad de llevar el pelo como quieran ya no es defendible, porque ya no es libertad. Ha llegado el momento, más bien, de decirles a los jóvenes que sus pelambres son horribles, porque son serviles y vulgares. Es más, ha llegado el momento de que ellos mismos se den cuenta y se liberen de ese afán culpable de amoldarse al orden degradante de la horda.

¹ Mario Merlino, fascista italiano que se dejó crecer el pelo y la barba y se infiltró en grupos de izquierda y anarquistas. No confundir con el escritor y traductor homónimo recientemente fallecido (N. T.).

Lenguaje técnico

17 de mayo de 1973

*Análisis lingüístico de un eslogan**

El lenguaje de empresa es, por definición, un lenguaje puramente comunicativo: los «lugares» donde se produce son aquellos donde se aplica la ciencia, es decir, los lugares del pragmatismo puro. Los técnicos hablan entre sí una jerga especializada, sí, pero con función estricta, rígidamente comunicativa. El canon lingüístico vigente *dentro de* la empresa tiende a expandirse fuera: es evidente que quienes producen quieren mantener una relación de negocios muy clara con quienes consumen.

Hay un solo caso de expresividad —pero de expresividad aberrante— en el lenguaje puramente comunicativo de la industria: es el caso del eslogan. El eslogan debe ser expresivo, para impresionar y convencer. Pero su expresividad es monstruosa, porque se vuelve de inmediato estereotipada y se fija con una rigidez que es justamente lo contrario de la expresividad, que cambia eternamente y se presta a una interpretación infinita.

La expresividad simulada del eslogan es, por tanto, el vértice de la nueva lengua técnica que sustituye a la lengua humanista. Es el símbolo de la vida lingüística del futuro, es decir, de un mundo inexpresivo, sin particularismos ni diversidad de culturas, perfectamente homologado y aculturado. De un mundo que a nosotros,

* En *Corriere della Sera*, con el título «Il folle slogan dei jeans Jesús» (El disparatado eslogan de los vaqueros Jesús).

últimos depositarios de una visión múltiple, magmática, religiosa y racional de la vida, nos parece un mundo de muerte.

Pero ¿se puede prever un mundo tan negativo? Alguien —como yo— tiende a hacerlo, por desesperación: el amor al mundo que se ha vivido y experimentado impide pensar en otro que sea igual de real; que se puedan crear otros valores semejantes a los que han hecho que una vida sea inapreciable. Esta visión apocalíptica del futuro es justificable, pero probablemente injusta.

Parece una locura, pero un eslogan reciente que ha alcanzado una celebridad fulminante, el de los vaqueros Jesus: «No tendrás vaqueros ajenos a mí», se plantea como un hecho nuevo, una excepción en el canon fijo del eslogan, que revela una posibilidad expresiva imprevista e indica una evolución distinta de la que los convencionalismos —adoptados de inmediato por los desesperados que quieren sentir el futuro como muerte— hacían prever, demasiado obviamente.

Véase la reacción del *Osservatore romano* ante este eslogan: con su italianucho anticuado, espiritualista y un poco fatuo, el articulista del *Osservatore* entona una lamentación, nada bíblica, para ejercer un victimismo de inocente pobre e indefenso. Es el mismo tono con que están escritas, por ejemplo, las lamentaciones contra la creciente inmoralidad de la literatura o el cine. Pero en estos casos el tono quejumbroso y decente esconde una voluntad amenazadora del poder: mientras que el articulista, manso cordero, se queja en su bien pronunciado italiano, el poder, tras él, maquina para suprimir, anular, aplastar a los réprobos que han causado ese padecimiento. Los magistrados y los policías están alerta; el aparato estatal se pone rápida y diligentemente al servicio del espíritu. A la jeremiada del *Os-*

servatore le siguen los procedimientos legales del poder, que se abaten sobre el literato o el cineasta blasfemo y le hacen callar.

Cuando se producía una rebelión de tipo humanista —algo que era posible en el ámbito del viejo capitalismo y la primera revolución industrial—, la Iglesia tenía la posibilidad de intervenir y reprimir, contradiciendo brutalmente cierto anhelo formalmente democrático y liberal del poder estatal. El mecanismo era sencillo: una parte de ese poder —por ejemplo, la judicatura y la policía— asumía una función conservadora o reaccionaria y, como tal, ponía automáticamente sus instrumentos de poder al servicio de la Iglesia. Por lo tanto hay un doble vínculo de mala fe en esta relación entre Iglesia y Estado: la primera acepta al Estado burgués, en vez del monárquico o feudal, y le concede su aprobación y respaldo, sin los cuales, hasta hoy, el poder estatal no habría podido subsistir. Mas para ello la Iglesia debía admitir y aprobar la exigencia liberal y la formalidad democrática, y lo hacía a cambio de que el poder la autorizase tácitamente a limitarlas y suprimirlas. Una autorización, por otro lado, que el poder le daba de muy buena gana. Porque su pacto con la Iglesia como *instrumentum regni* consistía precisamente en eso: enmascarar su carácter sustancialmente antiliberal y antidemocrático encomendando la función antiliberal y antidemocrática a la Iglesia, aceptada con mala fe como institución religiosa superior. De modo que la Iglesia ha hecho un pacto con el diablo, es decir, con el Estado burgués. Porque no hay contradicción más escandalosa que la existente entre religión y burguesía, al ser la segunda lo contrario de la religión. En el fondo, el poder monárquico o feudal no lo eran tanto. El fascismo, como momento regresivo del capitalismo, era menos

diabólico, objetivamente, desde el punto de vista de la Iglesia, que el régimen democrático. El fascismo era una blasfemia, pero no minaba el interior de la Iglesia porque era una nueva ideología *falsa*. El Concordato no fue un sacrilegio en los años treinta, pero lo es hoy, pues el fascismo apenas arañó la Iglesia, mientras que hoy el Neocapitalismo la destruye. La aceptación del fascismo fue un episodio atroz, pero la aceptación de la civilización burguesa capitalista es un hecho definitivo, cuyo cinismo no solo es una tacha, una más en la historia de la Iglesia, sino un error histórico que la Iglesia probablemente va a pagar con su decadencia. Porque, con su ciego afán de estabilización y fijación eterna de su función institucional, no intuyó que la Burguesía representaba un nuevo espíritu muy distinto del fascista, un nuevo espíritu que al principio se mostraría competitivo con el religioso (salvando sólo el clericalismo) y acabaría suplantándolo en la tarea de brindar a los hombres una visión total y única de la vida (con lo que ya no se necesita el clericalismo como instrumento de poder).

Es verdad: como decía, a las lamentaciones patéticas del articulista del *Osservatore* les sigue inmediatamente —en los casos de oposición «clásica»— la acción de la judicatura y la policía. Pero es un caso de supervivencia. El Vaticano sigue encontrando viejos hombres fieles en el aparato del poder estatal, pero son eso, viejos. El futuro no pertenece a los viejos cardenales, ni a los viejos políticos, ni a los viejos magistrados, ni a los viejos policías. El futuro pertenece a la joven burguesía que ya no necesita detentar el poder con los instrumentos clásicos, que ya no sabe qué hacer con la Iglesia, la cual, en general, ha acabado perteneciendo al mundo humanista del pasado que es un obstáculo para la nueva revolución industrial. Porque el nuevo poder

burgués necesita consumidores con un espíritu totalmente pragmático y hedonista: un mundo tecnicista y puramente terrenal es aquel donde puede desarrollarse el ciclo de la producción y el consumo conforme a su propia naturaleza. No hay sitio para la religión ni, sobre todo, para la Iglesia. La lucha represiva que el nuevo capitalismo sostiene todavía por medio de la Iglesia es una lucha atrasada, y según la lógica burguesa está destinada a una próxima derrota, con la consiguiente disolución «natural» de la Iglesia.

Parece una locura, repito, pero el caso de los vaqueros «Jesus» es un indicio de todo esto. Quienes han fabricado estos vaqueros y los han lanzado al mercado recurriendo para el eslogan de rigor a uno de los diez mandamientos, demuestran —probablemente con cierta falta de sentimiento de culpa, es decir, con la inconsciencia de quien ya no se plantea ciertos problemas— que han cruzado el umbral del mundo donde se establece nuestra forma de vida y nuestro horizonte mental.

En el cinismo de este eslogan hay una intensidad y una inocencia completamente nuevas, aunque lo más probable es que hayan madurado lentamente durante las últimas décadas (menos tiempo en Italia). Con su laconismo de fenómeno que se revela de sopetón a nuestra conciencia, ya tan completo y definitivo, está diciendo que los nuevos industriales y los nuevos técnicos son completamente laicos, pero de un laicismo que ya no se mide con la religión. Este laicismo es un «nuevo valor» surgido de la entropía burguesa, en la que la religión está agotándose como autoridad y forma de poder, y sobrevive como un producto natural de enorme consumo y una forma folclórica aún aprovechable.

Pero el interés de este eslogan no es sólo negativo, no se reduce a revelar el modo en que la Iglesia ha

quedado reducida bruscamente a lo que de verdad representa hoy. También tiene un interés positivo: la posibilidad imprevista de ideologizar, de hacer expresivo el lenguaje del eslogan y por lo tanto, presumiblemente, el de todo el mundo tecnológico. El espíritu blasfemo de este eslogan no es sólo apodíctico, no es una mera observación que fija la expresividad en capacidad de comunicación. Es algo más que una ocurrencia desaprensiva (cuyo modelo anglosajón es «Jesucristo Superestar»); al contrario, se presta a una interpretación, que solo puede ser infinita, pues conserva en el eslogan los caracteres ideológicos y estéticos de la expresividad. Significa —quizá— que también el futuro, eso que se presenta ante nosotros —religiosos y humanistas— como fijación y muerte, será, de otro modo, historia; que de algún modo se rebatirá esa exigencia comunicativa de la producción. Porque el eslogan de estos vaqueros no se limita a comunicar la necesidad de su consumo, y se presenta como la némesis —aunque sea inconsciente— que castiga a la Iglesia por su pacto con el diablo. Esta vez el articulista del *Osservatore* sí que está realmente indefenso e impotente. Aunque la judicatura y la policía, movilizados rápida y cristianamente, consigan arrancar de los muros de la nación este cartel y este eslogan, estamos ya ante un hecho irreversible, aunque quizá muy adelantado: su espíritu es el nuevo espíritu de la segunda revolución industrial y de la consiguiente transformación de valores.

Lenguaje técnico

15 de julio de 1973

*La primera y verdadera revolución de derechas**

En 1971-1972 empezó uno de los períodos de reacción más violentos y quizá más definitivos de la historia. En él coexisten dos naturalezas: una es profunda, sustancial y completamente nueva, la otra es epidérmica, contingente y vieja. La naturaleza profunda de esta reacción de los años setenta es, por tanto, irreconocible; su naturaleza exterior, en cambio, es muy reconocible. En efecto, no hay nadie que no la identifique con un resurgimiento del fascismo, en todas sus formas, incluidas las decrepitas del fascismo mussoliniano, y del tradicionalismo clerical-liberal, si es que podemos usar esta definición tan inédita como obvia.

Este aspecto de la restauración (que en nuestro caso es un término inapropiado, porque en realidad no se restaura nada importante) es un cómodo pretexto para desconocer el otro aspecto, más profundo y real, que pasa inadvertido a nuestros hábitos de interpretación. Solo pueden captarlo, de forma empírica y fenomenológica, los sociólogos y los biólogos, que tienden a evitar un juicio o a hacerlo ingenuamente apocalíptico.

La restauración o reacción real que empezó en 1971-1972 (tras el intervalo de 1968) en realidad es una revolución. Por eso no restaura nada ni es una vuelta a nada; al contrario, tiende literalmente a borrar el pasado, con sus

* En *Tempo illustrato*, con el título «P. giudica i temi di italiano» (P. juzga los temas de italiano).

«padres», sus religiones, sus ideologías y sus formas de vida (hoy reducidas a mera supervivencia). Esta revolución de derecha, que en primer lugar ha destruido la derecha, se ha producido de un modo fáctico, pragmático. Mediante una acumulación progresiva de novedades (casi todas debidas a la aplicación de la ciencia) y empezando por la revolución silenciosa de las infraestructuras.

Como es natural, en todos estos años no ha cesado la lucha de clases. Y como es natural, todavía sigue. Este es el aspecto exterior de la reacción revolucionaria; un aspecto exterior que se presenta, justamente, con las formas tradicionales de la derecha fascista y clerical-liberal.

Mientras la primera reacción destruye revolucionariamente (con respecto a sí misma) todas las viejas instituciones sociales —familia, cultura, lengua, Iglesia—, la segunda reacción (utilizada transitoriamente por la primera, para poder consumarse, al amparo de la lucha de clases directa) se encarga de defender estas instituciones de los ataques de los obreros y los intelectuales. De modo que estos son años de falsa lucha, sobre los viejos temas de la restauración clásica en los que aún creen tanto sus portadores como sus opositores. Mientras tanto, a la chita callando, la nueva cultura de masas y la nueva relación entre producto y consumo que ha establecido la tecnología —con una perspectiva secular—, está destruyendo la «verdadera» tradición humanista (no la tradición falsa de los ministerios, las academias, los tribunales y los colegios); y la vieja burguesía paleoindustrial está dando paso a una burguesía nueva que incluye cada vez más y más profundamente las clases obreras, con una tendencia a identificar, a la postre, burguesía con humanidad.

Es un estado de cosas aceptado por las izquierdas, porque la alternativa es quedar fuera de juego. De ahí

el optimismo general de las izquierdas, un intento vital de anexionarse el nuevo mundo —totalmente distinto de cualquier mundo anterior— creado por la civilización tecnológica. Los «gauchistas» (tan arrogantes y triunfalistas como de costumbre) llevan esta ilusión aún más lejos y atribuyen a esta nueva forma de historia creada por la civilización tecnológica una capacidad milagrosa de redención y regeneración. Están convencidos de que este plan diabólico de la burguesía que tiende a reducir a sí misma todo el universo, incluidos los obreros, acabará provocando la explosión de una entropía así creada, y la última chispa de la conciencia obrera será capaz, entonces, de hacer que ese mundo que ha estallado (por su propia culpa) resurja de sus cenizas en una suerte de palingenesis (viejo sueño burgués-cristiano de los comunistas no obreros).

Todos, pues, hacen como que no ven (o quizá no ven realmente) cuál es la verdadera y nueva reacción; de modo que todos luchan contra la vieja reacción que la enmascara. Los temas de italiano que se han propuesto en los últimos exámenes de selectividad son un ejemplo del falso dilema y la falsa lucha que he trazado aquí. Es evidente que las autoridades hicieron un pacto previo. La derecha tradicionalista hizo algunas concesiones a los moderados y a los progresistas, y estos hicieron algunas concesiones a la derecha tradicionalista, de modo que el mundo académico y ministerial clerical-liberal se ha expresado cabalmente.

Al tema liberal propuesto por la frase rimbombante de Croce¹ se opone el tema fatalista extrapolado tramposamente de De Sanctis; a la lectura, que solo

¹ «Lo que el hombre ha heredado de sus padres debe merecérselo siempre con su propio tesón para poseerlo sólidamente» (N. T.).

puede ser moderna, aunque de carácter agnóstico y sociológico, de una ciudad, se opone la lectura meramente escolar de Pascoli y D'Annunzio, etcétera, etcétera.

Pero la ficción no es única. Todos los que han inventado estos bonitos temas se han atenido a un tradicionalismo y un reformismo clásicos, pasando por alto, de común acuerdo, que son términos de referencia completamente desconectados de la realidad.

Los «padres» de la frase de Croce son padres que podían valer para los hijos de finales del siglo XIX y de todo el XX hasta hace diez años, pero ya no (aunque los hijos, como veremos, no lo saben o lo saben mal). Semánticamente, el término «padre» ha empezado a cambiar, naturalmente, con Freud y el psicoanálisis, de modo que la «herencia» del padre ya no tiene por qué ser un dato positivo; puede incluso interpretarse, con razón, como algo totalmente negativo. Más aún ha cambiado el término «padre» con el análisis marxista de la sociedad. En efecto, los «padres» a los que se refiere cándidamente Croce son todos unos apuestos señores burgueses (como él) con barbas solemnes y venerables canas, sentados detrás de mesas llenas de papeles, o dignamente en sillones dorados: en una palabra, son los padres del privilegio y el poder. No hay la menor referencia a padres barrenderos o albañiles, braceros o mineros, mecánicos o torneros, o incluso ladrones y vagabundos. La herencia de la que se habla es una herencia clasista de unos padres definidos en términos de clase. Necesitan mucho tesón, qué duda cabe, para conservar «sólidamente» los privilegios. Pero además de todo esto (que yo habría podido observar 10 ó 15 años antes) hay algo completamente nuevo: para el nuevo poder, el auténtico, estos padres son un estorbo. Es este

poder, justamente, el que no quiere que los hijos se apoderen de semejantes herencias ideales.

Por lo tanto, la relación entre quien ha escogido el tema y quien lo ha desarrollado tiene lugar en ese margen de poder ficticio que el poder real concede todavía a sus defensores y adversarios, para que los viejos sentimientos puedan explayarse académicamente.

También el maravilloso derecho a la «interiorización» —atribuido, a través de un De Sanctis falsificado, a un Leopardi falsificado— está desconectado de la realidad actual, porque, evidentemente, sólo se puede interiorizar lo que es exterior. El hombre común de la época de Leopardi aún podía interiorizar la naturaleza y la humanidad con la pureza ideal que contenían objetivamente; el hombre común de hoy puede interiorizar un seiscientos o un frigorigífico, o un fin de semana en Ostia. En todo ello, en la pasión y el caos con que se experimentan estos nuevos valores, aún queda algo de humanidad. Mientras la pasión se esteriliza y homologa del todo y el caos se suprime técnicamente, el nuevo poder real todavía concede un terreno impreciso donde el poder ficticio al estilo antiguo puede proclamar la bondad de la interiorización como evasión noble, desapego a los bienes y consolación por los bienes perdidos.

Los estudiantes se prestan perfectamente al juego que les impone la autoridad. La gran mayoría de los estudiantes probablemente habrán desarrollado los temas como pensaban que agradaría a las autoridades, y se habrán consagrado generosamente a describir los esfuerzos que deben hacer, como buenos hijos, para asimilar las proezas paternas. O se habrán prodigado en elogios a la vida interior.

Entonces es inútil discutir: la bufonada se representa en el escenario del poder viejo y ficticio en plena re-

acción ficticia, y en ella las autoridades académicas y los estudiantes se comprenden perfectamente, con un odio-so afán práctico de integración. Naturalmente, se habrán dado casos en que los estudiantes habrán polemizado con los «asertos» enunciados en los temas (frases sacadas retorcidamente de contexto), pero también en estos casos el escenario donde tiene lugar la controversia entre las autoridades académicas y los estudiantes es el mismo: el que concede cínicamente a las viejas costumbres el auténtico poder nuevo, con su reacción revolucionaria.

Los estudiantes que han desarrollado estos temas (con espíritu conformista o polémico) son los hermanos menores de los estudiantes que se rebelaron en el 68. Sería un error pensar que una reacción de tipo antiguo, la que (como demuestran los temas que acabamos de examinar) promueven las autoridades académicas, les ha acallado y reducido a un estado de pasividad. Su silencio y su pasividad, en la mayoría de los casos, tienen las características de una atroz neurosis eufórica, que les lleva a aceptar sin rechistar el nuevo hedonismo con que el poder real sustituye todos los valores morales del pasado. Por el contrario, en una pequeña minoría, tienen las trazas de una neurosis de ansiedad, que mantiene viva en ellos la posibilidad de una protesta. Pero se trata de los últimos humanistas, los últimos de verdad. Son jóvenes padres, como nosotros somos viejos hijos. Todos ellos destinados a desaparecer, con aquello que nos ata pero está atado a nosotros: la tradición, la confesión religiosa, el fascismo. Nos están sustituyendo unos hombres nuevos, portadores de valores tan indescifrables como incompatibles con los que regían hasta ahora, dramáticamente contradictorios. Esto lo entienden instintivamente los jóvenes mejores; pero son incapaces, creo yo, de expresarlo.

9 de diciembre de 1973

Aculturación y aculturación *

En estos tiempos de austeridad, muchos lamentan las molestias derivadas de la falta de vida social y cultural organizada, fuera del Centro «malo», en las periferias «buenas» (dormitorios sin zonas verdes, sin servicios, sin autonomía, sin relaciones humanas reales). Lamento retórico. Porque si todo lo que se dice que falta en las periferias existiera, lo seguiría organizando el Centro. El mismo Centro que, en pocos años, ha destruido todas las culturas periféricas que, hasta hace pocos años, aseguraban una vida propia, sustancialmente libre, incluso a las periferias más pobres o miserables.

Ningún centralismo fascista ha logrado lo que el centralismo de la civilización de consumo. El fascismo proponía un modelo, reaccionario y monumental, que luego se quedaba en letra muerta. Las culturas particulares (campesinas, subproletarias, obreras) seguían obedeciendo, imperturbables, a sus modelos antiguos. La represión se limitaba a obtener su adhesión de palabra. Hoy, por el contrario, la adhesión a los modelos propuestos por el Centro es total e incondicional. Se reniega de los modelos culturales reales. La abjuración es un hecho. Se puede decir, por lo tanto, que la «tolerancia» de la ideología hedonista implantada

* En *Corriere della Sera* con el título: «Sfida ai dirigenti della televisione» (Desafío a los directivos de la televisión). Se ha suprimido la última parte del artículo (el desafío).

por el nuevo poder es la peor de las represiones de la historia humana. ¿Cómo se ha podido ejercer esta represión? Mediante dos revoluciones en el interior de la organización burguesa: la de las infraestructuras y la del sistema de información. Las carreteras, la motorización, etc. han unido estrechamente la periferia con el Centro, anulando las distancias materiales. Pero la revolución del sistema de información ha sido aún más radical y decisiva. Con la televisión, el Centro ha igualado todo el país, tan diverso por su historia y tan rico en culturas originales. Ha emprendido una labor de homologación destructora de la autenticidad y la concreción. Ha impuesto, como decía, sus modelos, los de la nueva industrialización que ya no se conforma con un «hombre que consume» y pretende que las ideologías distintas de la del consumo sean inconcebibles. Un hedonismo neolaico, ciegamente olvidadizo de los valores humanistas y ciegamente ajeno a las ciencias humanas.

Antes, la ideología impuesta por el poder era, como es sabido, la religión, y el único fenómeno cultural que «homologaba» a los italianos era el catolicismo. Ahora el catolicismo compite con un nuevo fenómeno cultural «homologador», el hedonismo de masas. Como tal competidor, el nuevo poder ha empezado ya a liquidarlo desde hace unos años.

Porque en el modelo del Joven Hombre y la Joven Mujer propuesto e impuesto por la televisión no hay nada de religioso. Son dos personas que valoran la vida solo a través de sus Bienes de Consumo (y siguen yendo a misa los domingos; en coche, por supuesto). Los italianos han aceptado con entusiasmo este nuevo modelo que les impone la televisión según las normas de la Producción Creadora de Bienestar (o mejor dicho,

de salvación de la miseria). Lo han aceptado, pero ¿realmente son capaces de realizarlo?

No. O lo realizan solo en parte, convirtiéndose en su caricatura, o logran realizarlo en una medida tan escasa que se vuelven sus víctimas. La frustración o incluso la angustia neurótica son ya estados de ánimo colectivos. Por ejemplo, los subproletarios, hasta hace poco, respetaban la cultura y no se avergonzaban de su ignorancia. Al contrario, estaban orgullosos de su modelo popular de analfabetos que sin embargo conocían el misterio de la realidad. Miraban con cierto desprecio altivo a los «hijos de papá», a los pequeñoburgueses, de los que se diferenciaban aunque estuvieran obligados a servirlos. Ahora, en cambio, empiezan a avergonzarse de su ignorancia. Han abjurado de su modelo cultural (los más jóvenes ni siquiera lo recuerdan, lo han perdido por completo) y el nuevo modelo que tratan de imitar descarta el analfabetismo y la tosquedad. Los muchachos subproletarios —humillados— borran su oficio en su carné de identidad y lo sustituyen por la calificación de «estudiante». Naturalmente, en cuanto empezaron a avergonzarse de su ignorancia también empezaron a despreciar la cultura (característica pequeñoburguesa, que adquirieron por mimetismo). Al mismo tiempo, el muchacho pequeñoburgués, para adecuarse al modelo «televisivo» —que le resulta connatural, pues lo ha creado e impuesto su propia clase— se vuelve extrañamente tosco y desdichado. Si los subproletarios se han aburguesado, los burgueses se han subproletarizado. Como la cultura que producen es de carácter tecnológico y estrictamente pragmático, impide que se desarrolle el viejo «hombre» que aún llevan dentro. La consecuencia es cierto entumecimiento de sus facultades intelectuales y morales.

Seherod

La responsabilidad de la televisión en todo esto es enorme. No como «medio técnico», claro está, sino como instrumento del poder y poder en sí misma. No solo es un lugar a través del cual pasan los mensajes, sino un centro que fabrica mensajes. Es el lugar donde se concreta una mentalidad que de lo contrario no se sabría dónde situarla. A través del espíritu de la televisión se pone de manifiesto, en concreto, el espíritu del nuevo poder.

No cabe duda (a los resultados me remito) de que la televisión es más autoritaria y represiva que ningún otro medio de información del mundo. A su lado, el periódico fascista y los letreros mussolinianos pintados en las alquerías mueven a risa, como (con dolor) el arado frente al tractor. El fascismo, lo digo una vez más, fue incapaz de arañar siquiera el alma del pueblo italiano; el nuevo fascismo, a través de los nuevos medios de comunicación e información (sobre todo, justamente, la televisión), no solo la ha arañado, sino que la ha lacerado, la ha violado, la ha afeado para siempre...

Marzo de 1974

*Los intelectuales del 68: maniqueísmo y ortodoxia de la «Revolución del futuro»**

Hubo un momento, hace años, en que cada día parecía que la Revolución iba a estallar al día siguiente. Junto con los jóvenes —a partir de 1968—, quienes creían que la Revolución inminente derribaría y destruiría los cimientos del Sistema (como se llamaba entonces obsesivamente; y se avergüence quien lo hizo) también eran intelectuales no tan jóvenes, que incluso peinaban canas. En ellos la certeza de una «Revolución del día siguiente» no tiene tanta justificación como en los jóvenes. Fueron culpables de faltar al primer deber de un intelectual: ejercer por encima de todo y sin concesiones de ningún tipo un examen crítico de los hechos. Aunque en aquellos días se hicieron diagnósticos críticos sin cuento, lo que faltaba era una voluntad crítica real.

No hay racionalidad posible sin sentido común y concreción. Sin sentido común y concreción la racionalidad es fanatismo. Sobre aquellos mapas a cuyo alrededor se agolpaban los estrategas de la guerrilla de hoy y la revolución del día siguiente, la idea del «deber» de intervención política de los intelectuales no se basaba en la necesidad y la razón, sino en el chantaje y el prejuicio.

Hoy se ve claro que todo aquello era producto de la desesperación y de un sentimiento inconsciente

* En *Dramma* para una encuesta sobre la intervención de los intelectuales en la política.

conflagración producida por la mezcla de conformismo y neurosis).

Si su fascismo llegase a prevalecer, sería el fascismo de Spinola, no el de Caetano. Es decir, un fascismo aún peor que el tradicional, pero ya no propiamente fascismo. Sería algo que en realidad estamos experimentando ya, y los fascistas de un modo exasperado y monstruoso, no sin motivo.

24 de junio de 1974

*El verdadero fascismo y por tanto el verdadero antifascismo **

¿Qué es la cultura de una nación? Existe la creencia, incluso entre las personas cultas, de que es la cultura de los científicos, los políticos, los profesores, los literatos, los cineastas, etc., es decir, la cultura de la intelectualidad. Pero no es así. Tampoco es la cultura de la clase dominante que, mediante la lucha de clases, trata de imponerla, por lo menos formalmente. Por último, tampoco es la cultura de la clase dominada, es decir, la cultura popular de los obreros y los campesinos. La cultura de una nación es el conjunto de todas estas culturas de clase, el promedio de todas ellas. Sería algo abstracto si no pudiera reconocerse —o mejor dicho, verse— en la vivencia y la existencia, y no tuviese, por consiguiente, una dimensión práctica. En Italia, durante muchos siglos, estas culturas pudieron distinguirse, aunque estuvieran unificadas históricamente. Hoy —casi de repente, en una especie de Adviento— la distinción y unificación histórica han dado paso a una homologación que hace realidad, de forma casi milagrosa, el sueño interclasista del viejo Poder. ¿A qué se debe esta homologación? Evidentemente, a un nuevo Poder.

Escribo «Poder» con pe mayúscula —aunque Maurizio Ferrara, en *l'Unità* (12-6-1974), lo considere

* En *Corriere della Sera* con el título «Il Potere senza volto» (El Poder sin rostro).

irracional— sólo porque, sinceramente, no sé en qué consiste este nuevo Poder ni quién lo representa. Sólo sé que está ahí. No lo reconozco ya en el Vaticano, ni en los poderosos democristianos, ni en las fuerzas armadas. Tampoco lo reconozco en la gran industria, porque ya no está formada por un número limitado de grandes industriales, y a mí, por lo menos, me parece más bien un todo (industrialización total) que por añadidura no es italiano (transnacional).

También conozco —porque las veo y las padezco— algunas características de este nuevo Poder aún sin rostro. Por ejemplo, el rechazo al viejo clericalismo, su decisión de apartarse de la Iglesia, su determinación (coronada con el éxito) de transformar a campesinos y subproletarios en pequeñoburgueses, y sobre todo su afán, digamos que cósmico, de llevar el «Desarrollo» hasta sus últimas consecuencias: producir y consumir.

El retrato robot de este rostro aún blanco del nuevo Poder le atribuye vagamente rasgos «modernos», por la tolerancia y una ideología hedonista autosuficiente, pero también unos rasgos feroces y sustancialmente represivos. Es una tolerancia falsa, porque en realidad ningún hombre ha tenido que ser nunca tan normal y conformista como el consumidor; y en cuanto al hedonismo, oculta evidentemente una decisión de ordenarlo todo con una crueldad que la historia no ha conocido nunca. Este nuevo Poder, que todavía no tiene un representante y es el resultado de una «mutación» de la clase dominante, en realidad —si queremos conservar la vieja terminología— es una forma «total» de fascismo. Pero este poder también ha homologado culturalmente Italia. Es una homologación represiva, aunque se haya logrado con la imposición del hedonismo y la *joie de*

vivre. La estrategia de la tensión es un síntoma de todo esto, aunque sustancialmente anacrónico.

Maurizio Ferrara, en el artículo citado (como también Ferrarotti en *Paese Sera*, 14-6-1974) me acusa de esteticismo. Tiende así a excluirme, a recluirme. De acuerdo, mi visión puede ser de «artista», es decir, a juicio de la buena burguesía, de loco. Pero el hecho, por ejemplo, de que dos representantes del viejo Poder (que ahora, en realidad, sirven al Poder nuevo, si bien como interlocutores) se hayan chantajeado mutuamente a propósito de la financiación de los partidos y el caso Montesi, también puede ser una buena razón para volver loco a alguien, es decir, para desacreditar a una clase dirigente y una sociedad a los ojos de un hombre hasta el extremo de hacerle perder el sentido de la oportunidad y de los límites, sumiéndolo en un verdadero estado de «anomia». Además, el punto de vista de los locos debe tomarse en serio, a menos que se quiera progresar en todo menos en el problema de los locos, limitándose a quitarlos cómodamente de enmedio.

Hay locos que se fijan en las caras de la gente y su comportamiento. Pero no como epígonos del positivismo lombrosiano (como insinúa toscamente Ferrara), sino porque conocen la semiología. Saben que la cultura produce códigos; que los códigos producen el comportamiento; que el comportamiento es un lenguaje; y que en un momento histórico en que todo el lenguaje verbal es convencional y está esterilizado (tecnificado), el lenguaje del comportamiento (físico y mímico) adquiere una importancia crucial.

Volviendo así al principio de nuestra argumentación, creo que hay buenas razones para afirmar que la cultura de una nación (Italia en este caso) se expresa hoy sobre todo con el lenguaje del comportamiento, o

lenguaje físico, más cierta cantidad —completamente convencional y muy pobre— de lenguaje verbal.

En este nivel de comunicación lingüística es donde se ponen de manifiesto: a) la mutación antropológica de los italianos; b) su homologación completa con un modelo único.

Por consiguiente: decidir entre dejarse crecer el pelo hasta los hombros o cortárselo y dejarse bigote (al estilo de principios de siglo), entre ponerse una banda en el pelo o calarse una gorra hasta los ojos, entre soñar con un Ferrari o con un Porsche; seguir atentamente los programas de televisión; conocer los títulos de algunos superventas; vestir con pantalones y camisetas rabiosamente a la moda, mantener relaciones obsesivas con chicas que se exhiben como adornos pretendiendo al mismo tiempo que sean «libres», etc. etc. etc.: todos estos son hechos culturales.

Pues bien, todos los italianos jóvenes lo hacen, tienen este mismo lenguaje físico, son intercambiables; algo tan viejo como el mundo si se limita a una clase social, a una categoría, pero lo curioso es que estos hechos culturales y este lenguaje somático son interclasistas. En una plaza llena de jóvenes ya nadie podrá distinguir, por su cuerpo, a un obrero de un estudiante, a un fascista de un antifascista; algo que todavía era posible en 1968.

Los problemas de un miembro de la intelectualidad son distintos de los de un partido y un político, aunque la ideología pueda ser la misma. Me gustaría que mis actuales objetores de izquierda entendieran que soy capaz de darme cuenta de que, si el Desarrollo experimentara un frenazo y llegara una recesión, si los partidos de izquierda no apoyaran al poder vigente, Italia simplemente se descompondría; en cambio, si el Desarrollo continuara como hasta ahora, sin duda sería

realista el llamado «compromiso histórico», único modo de tratar de corregir ese Desarrollo, en el sentido que señala Berlinguer en su informe al CC del partido comunista (véase *l'Unità*, 4-6-1974). No obstante, lo mismo que a Maurizio Ferrara no le atañen los «rostros», a mí tampoco me atañe esta maniobra de práctica política. Es más, si acaso tengo el deber de ejercer sobre ella mi crítica, de forma quijotesca y tal vez extremista. ¿Cuáles son entonces mis problemas?

Veamos, por ejemplo, uno de ellos. En el artículo que ha suscitado esta polémica (*Corriere della Sera*, 10-6-1974) decía que los responsables reales de las matanzas de Milán y Brescia son el gobierno y la policía italiana, porque si el gobierno y la policía hubieran querido, esas matanzas no se habrían cometido. Es un lugar común. Pero se reirán de mí si digo que los responsables de estas matanzas también somos los progresistas, los antifascistas, los hombres de izquierda. Porque durante estos años no hemos hecho nada:

1) para que hablar de «matanza de Estado» no se convirtiera en un lugar común, y todo acabara ahí;

2) (y más grave) no hemos hecho nada para que no hubiera fascistas. Nos hemos limitado a censurarlos, gratificando nuestra conciencia con nuestra indignación; y cuanto más fuerte y petulante era la indignación, más tranquila estaba la conciencia.

En realidad nos hemos comportado de un modo racista con los fascistas (sobre todo con los jóvenes): hemos querido creer, de un modo apresurado y despiadado, que estaban predestinados por su origen a ser fascistas, y que ante esta decisión de su destino no se podía hacer nada. No nos engañemos: en el fondo todos sabíamos que cuando uno de aquellos jóvenes decidía ser fascista, se trataba de un hecho meramente

casual, no era más que un gesto, inmotivado e irracional, y quizá habría bastado con una palabra para que no se produjera. Pero ninguno de nosotros habló con ellos ni se dirigió a ellos. Los aceptamos enseguida como representantes inevitables del Mal. Cuando tal vez eran adolescentes de dieciocho años que no sabían nada de nada y se habían lanzado de cabeza a esa horrible aventura por simple desesperación.

Pero no podíamos distinguirlos de los demás (no de los demás extremistas, sino de *todos* los demás). Esa es nuestra espantosa justificación.

El padre Zósimo (¡literatura por literatura!) supo distinguir enseguida, entre los que estaban hacinados en su celda, a Dmitri Karamázov, el parricida. Se levantó de su banqueta y fue a prosternarse ante él. Y lo hizo (como le diría más tarde al menor de los Karamázov) porque Dmitri estaba destinado a hacer la cosa más horrible y a soportar el dolor más inhumano.

Pensad (si tenéis fuerzas para ello) en el muchacho o los muchachos que fueron a poner las bombas en la plaza de Brescia. ¿No era como para levantarse e ir a postrarse ante ellos? Pero eran jóvenes melenudos, o con bigotitos estilo principio de siglo, llevaban en la cabeza bandas o gorras caladas hasta los ojos, eran pálidos y presumidos, su problema era vestirse a la moda, todos igual, tener Porsche o Ferrari, o una moto para conducirla como pequeños idiotas arcángeles con las chicas ornamentales detrás, sí, pero modernas, y a favor del divorcio, de la liberación de la mujer, y en general del desarrollo... En definitiva, eran unos jóvenes como todos los demás, no había nada que los distinguiera. Aunque hubiésemos querido no habríamos podido ir a postrarnos ante ellos. Porque el viejo fascismo, siquiera mediante la degeneración retórica,

distinguía, mientras que el nuevo fascismo —que es otra cosa— ya no distingue: no es humanísticamente retórico, sino americanamente pragmático. Su finalidad es la reorganización y la homologación brutalmente totalitaria del mundo.

11 de julio de 1974
*Ampliación del «boceto» sobre la revolución
 antropológica en Italia**

Los intelectuales siempre tendemos a identificar la «cultura» con nuestra cultura, y por lo tanto la moral con nuestra moral y la ideología con nuestra ideología. Esto significa: 1) que no usamos la palabra «cultura» en el sentido científico; 2) que así expresamos cierto racismo irreducible hacia quienes tienen, precisamente, otra cultura. La verdad es que gracias a mi vida y mis estudios, he podido librarme bastante de caer en estos errores. Pero cuando Moravia me habla de gente (es decir, prácticamente todo el pueblo italiano) que vive en un nivel premoral y preideológico, me demuestra que ha caído de lleno en estos errores. Lo premoral y lo preideológico sólo existen si se supone la existencia de una sola moral y una sola ideología histórica justa; que sería la nuestra, la burguesa, la suya, de Moravia, o la mía, de Pasolini. Pero en realidad lo premoral y lo preideológico no existen. Simplemente existe otra cultura (la cultura popular) o una cultura anterior. Sobre estas culturas se implanta una nueva opción moral e ideológica: por ejemplo, la opción marxista, o bien la opción fascista.

Esta opción es fundamental. Pero no lo es todo. En efecto, tal como observa el propio Moravia, no debe

juzgarse en sí misma, sino por sus resultados teóricos o prácticos (el cambio del mundo). ¿Cómo es posible que ciertas opciones justas —por ejemplo, un marxismo maravillosamente ortodoxo— den unos resultados tan horriblemente equivocados? Exhorto a Moravia a pensar en Stalin. Por mi parte, no tengo la menor duda: los «crímenes» de Stalin son el resultado de la relación entre la opción política (el bolchevismo) y la cultura anterior de Stalin (es decir, lo que Moravia llama, con desprecio, premoral o preideológico). Por otro lado, no hace falta recurrir a Stalin, a su opción justa y a su fondo cultural campesino, clerical y bárbaro. Hay infinidad de ejemplos. Yo también, según Maurizio Ferrara (que me hace en *l'Unità* la misma crítica que Moravia, es decir, me recuerda severamente el valor esencial y definitivo de la opción), he escogido una opción justa, pero la he aplicado mal, según parece a causa de mi irracionalidad cultural, es decir, de la cultura anterior en la que me he formado.

Ahora vamos a multiplicar por millones estos casos individuales. Millones de italianos han hecho su elección (bastante esquemática): por ejemplo, millones de italianos han optado por el marxismo, o al menos por el progresismo, mientras que otros millones de italianos han escogido el clericalfascismo. Estas opciones, como ocurre siempre, están incluidas en una cultura. Que es, precisamente, la cultura de los italianos. Pero mientras tanto la cultura de los italianos ha cambiado por completo. No, no lo ha hecho en las ideas expresadas, en la enseñanza, en los valores defendidos conscientemente. Por ejemplo, un fascista «modernísimo», es decir, motivado por la expansión económica italiana y extranjera, sigue leyendo a Evola. La cultura italiana ha cambiado en la vivencia, en lo existencial, en lo concreto. El cam-

* En *Il Mondo*, entrevistado por Guido Vergani.

bio consiste en que la vieja cultura de clase (con sus divisiones netas: cultura de la clase dominada, o popular, y cultura de la clase dominante, o burguesa, cultura de las minorías selectas) ha dado paso a una nueva cultura interclasista que se expresa a través del modo de ser de los italianos, a través de su nueva calidad de vida. Las opciones políticas que se nutrían del viejo mantillo cultural eran una cosa, las que se nutren de este nuevo mantillo cultural son otra. Un obrero o un campesino marxista de los años cuarenta o cincuenta, en el supuesto de una victoria revolucionaria, habría cambiado el mundo de una forma; hoy, en el mismo supuesto, lo cambiaría de otra forma. No quiero hacer profecías, pero no oculto que soy desesperadamente pesimista. El que ha manipulado y transformado radicalmente (antropológicamente) a las grandes masas campesinas y obreras italianas es un nuevo poder que me cuesta definir, aunque estoy convencido de que es el más violento y totalitario de la historia, pues cambia la naturaleza de la gente, entra en lo más hondo de las conciencias. Por lo tanto, bajo las opciones conscientes, hay una opción cautiva, «ya común a todos los italianos», que no puede dejar de deformar las otras.

En cuanto a los otros artículos del *Espresso*, el de Facchinelli no acabo de entenderlo. El oráculo está demasiado «en clave». Al de Colletti no contesto porque es demasiado expeditivo. No se puede discutir con una persona que da claras muestras de querer zanjar el asunto sin tener en cuenta tus razones. Pienso que el breve texto de Fortini podría usarlo a mi favor («cabe preguntarse si ese “no”, por lo menos en parte, no significa también un intento de ver más allá del optimismo “progresista”») y aceptar la ascética invitación a seguir trabajando incluso para las ínfimas minorías; o quizá

esperar a que los «parecidos» de hoy se tornen «diferencias» mañana. Porque yo, en efecto, trabajo para las ínfimas minorías, y si trabajo quiere decir que no desespere (aunque detesto cualquier optimismo, que siempre es un eufemismo). Pero el afán de Fortini por estar siempre en el punto más avanzado de lo que se llama historia —haciéndolo prevalecer sobre los demás— me produce una sensación instintiva de hastío y prevaricación. Dejaré de «decir que la historia ya no existe» cuando Fortini deje de hablar levantando el dedo. En cuanto a Sciascia, le agradezco la sinceridad de su solidaridad (valiente, dado el linchamiento y la tremenda acusación de ser una especie de Plebe que han lanzado contra mí los miserables antifascistas del *Espresso*), pero en su razonamiento sobre las Brigadas Rojas se proyecta la sombra de varios mensajes de Sossi; unos mensajes que, tras un análisis lingüístico, me han parecido tan falsos, infantiles y carentes de humanidad, que dan pie a cualquier sospecha.

...

Fue la propaganda televisiva del nuevo tipo de vida «hedonista» lo que determinó el triunfo del «no» en el referendo. Porque no hay nada menos idealista y religioso que el mundo televisivo. Es verdad que durante todos estos años la censura televisiva ha sido una censura vaticana. Pero el Vaticano no ha comprendido qué debía censurar. Por ejemplo, debía censurar *Carosello*, porque es en *Carosello* donde se exhibe, omnipotente, nítido, tajante, perentorio, el nuevo tipo de vida que los italianos han de imitar. Y no es precisamente un tipo de vida en el que pinte algo la religión. Por otro lado, los programas de carácter específicamente religioso de la televisión son tan aburridos, tan sumamente inexpresivos, que lo mejor que habría podido hacer el Vaticano era

censurarlos todos. El bombardeo ideológico televisivo no es explícito: está en las cosas, es indirecto. Pero nunca se ha podido propagar con tanta eficacia un «modelo de vida» como con la televisión. El tipo de hombre o mujer que cuenta, que es moderno, que debe imitarse y lograrse, no se describe o ensalza, ¡se representa! El lenguaje de la televisión es, por naturaleza, un lenguaje físico-mímico, el lenguaje del comportamiento. Que es trasladado sin más, sin mediaciones, al lenguaje físico-mímico y al lenguaje del comportamiento en la realidad. Los héroes de la propaganda televisiva —jóvenes en moto, chicas al lado de dentífricos— proliferan en millones de héroes semejantes en la realidad.

Justamente por ser totalmente pragmática, la propaganda televisiva representa el aspecto acomodaticio de la nueva ideología hedonista, y por lo tanto es enormemente eficaz.

Si en todos estos años la televisión ha estado al servicio de la Democracia Cristiana y el Vaticano en el plano de la voluntad y la conciencia, en el plano involuntario e inconsciente, por el contrario, se ha puesto al servicio del nuevo poder, que ya no coincide ideológicamente con la Democracia Cristiana y no sabe qué hacer con el Vaticano.

...

Lo que más impresiona cuando se pasea por una ciudad de la Unión Soviética es la uniformidad de la muchedumbre: nunca se advierte ninguna diferencia sustancial entre los transeúntes en el vestir, en los andares, en la seriedad, en las sonrisas, en la gesticulación; en suma, en el comportamiento. El «sistema de los signos» del lenguaje físico-mímico, en una ciudad rusa, no tiene variantes, es totalmente idéntico en todos. ¿Cuál es la proposición primera de este lenguaje físico-mímico?

Es esta: «Aquí no hay diferencias de clase». Y es algo maravilloso. A pesar de todos los errores y las involuciones, a pesar de los crímenes políticos y los genocidios de Stalin (de los que es cómplice todo el mundo campesino ruso), el hecho de que el pueblo ganara en el 17, definitivamente, la lucha de clases, y lograra la igualdad de los ciudadanos, es algo que produce un profundo y apasionante sentimiento de alegría y confianza en los hombres. El pueblo conquistó la libertad suprema, nadie se la regaló. La conquistó.

Hoy en las ciudades de Occidente —pero quiero hablar sobre todo de Italia—, al pasear por la calle, también impresiona la uniformidad de la muchedumbre: aquí tampoco se advierte ninguna diferencia sustancial entre los transeúntes (sobre todo si son jóvenes) en el vestir, en los andares, en la seriedad, en las sonrisas, en la gesticulación; en fin, en comportamiento. Por consiguiente se puede decir que, como en el caso de la muchedumbre rusa, el sistema de signos del lenguaje físico-mímico no tiene variantes, es completamente idéntico en todos. Pero mientras que en Rusia es un fenómeno tan positivo que emociona, en Occidente, en cambio, es un fenómeno negativo y provoca un estado de ánimo que roza el disgusto definitivo y la desesperación.

La proposición primera de este lenguaje físico-mímico es esta: «El Poder ha decidido que seamos todos iguales».

El afán de consumo es un afán de obediencia a una orden no pronunciada. En Italia todos sienten ese afán, degradante, de ser iguales a los demás cuando se trata de consumir, de ser felices, de ser libres, porque tal es la orden que inconscientemente han recibido y «deben» obedecer para no sentirse distintos. Nunca la diversidad ha sido una culpa tan espantosa como en este periodo

de tolerancia. La igualdad no se ha conquistado, es una falsa igualdad regalada.

...

Una de las principales características de esta igualdad que se expresa en la vida, además de la fosilización del lenguaje verbal (los estudiantes hablan como libros impresos, los chicos del pueblo han perdido la inventiva jergal) es la tristeza. La alegría siempre es exagerada, ostensible, agresiva, ofensiva. La tristeza física de la que hablo es profundamente neurótica. Obedece a una frustración social. Ahora que el modelo social ya no es el de la propia clase, sino otro impuesto por el poder, son muchos los que se ven incapaces de alcanzarlo. Eso les humilla tremendamente. Pondré un ejemplo, muy humilde. Antes el mozo de la tahona, o *cascherino*, como se llama aquí en Roma, estaba siempre, eternamente, alegre. Era una alegría verdadera, que le chispeaba en los ojos. Iba por la calle silbando y soltando ocurrencias. Su vitalidad era irresistible. Vestía de un modo mucho más pobre que ahora: llevaba los pantalones remendados y la camisa a menudo andrajosa. Pero todo eso formaba parte de un modelo que en su barrio tenía un valor, un sentido. Y él estaba orgulloso. En el mundo de la riqueza tenía, para oponerle, otro mundo igual de válido. Llegaba a la casa del rico con una risa *naturaliter* anarquista, que lo desacreditaba todo, aunque tuviese una actitud respetuosa. Pero su respeto era el de una persona profundamente ajena. Y lo que de verdad cuenta: esa persona, ese muchacho, estaba alegre.

¿No es la felicidad lo que cuenta? ¿No es la felicidad por lo que se hace la revolución? La condición campesina o subproletaria sabía expresar, en las personas que la experimentaban, cierta felicidad «real». Hoy en día esta felicidad —con el Desarrollo— se ha perdido.

Lo que significa que el Desarrollo no es en absoluto revolucionario, ni siquiera cuando es reformista. Lo único que produce es angustia. Ahora hay adultos de mi edad tan aberrantes que prefieren la seriedad (casi trágica) con que el *cascherino* lleva hoy su paquete envuelto en plástico, con melena y bigotito, a la alegría «tonta» de antes. Creen que preferir la seriedad a la risa es un modo viril de afrontar la vida. En realidad son unos vampiros que se alegran de que sus víctimas inocentes también se hayan vuelto vampiros. La seriedad y la dignidad son horribles deberes que se impone la pequeña burguesía, y los pequeñoburgueses se alegran al ver que los muchachos del pueblo también se han vuelto «serios y dignos». No se les ocurre que esa es la verdadera degradación, que los muchachos del pueblo están tristes porque han perdido la conciencia de su inferioridad social, dado que sus valores y modelos culturales han sido destruidos.

...

Los comunistas piensan ingenuamente que (por ejemplo, con el referendo) está empezando a recogerse la cosecha que sembraron, y no se dan cuenta de que la «participación» de las masas en las grandes decisiones históricas «formales» en realidad obedece a un plan del poder, que necesita un consumo de masas y una cultura de masas. La masa «partícipe», aunque formalmente sea comunista o progresista, está manipulada por el poder mediante la imposición de otros valores y otras ideologías. La imposición se produce en la vivencia, y es en la vivencia donde tiene lugar su adopción. De modo que las masas viven nuevos valores y nuevas ideologías (el clericalismo por un lado, el progresismo por otro).

Por desgracia este «momento» de inmovilismo y oficialidad del PCI ha quedado perfectamente plasmado

en la polémica que ha mantenido conmigo Maurizio Ferrara en las columnas de *L'Unità*. En ella hace gala de una mezquindad indigna de un dirigente del partido italiano más importante. Ni siquiera el *Borghese* ha osado poner en duda cierta calidad de mi cultura, mencionando junto al mío nombres como Lombroso o Carolina Invernizio. Pero esta ofensa de Ferrara va dirigida más contra los lectores de *L'Unità* que contra mí. Por respeto a esos lectores no usaré el mismo método contra él. En conclusión, Ferrara no replica políticamente a ninguna de las cuestiones que planteo. Silencio absoluto sobre mi hipótesis de una derrota del PCI en el referendo, dado que las previsiones del partido eran pesimistas e incluso se temían la derrota. Lo cual delata un análisis equivocado de la situación real del pueblo italiano, tremendamente equivocado. Silencio absoluto sobre el vacío que ha dejado objetivamente en el mundo campesino, con sus valores negativos y positivos. Silencio absoluto sobre los nuevos valores adoptados por las clases medias, con la consiguiente superación efectiva del clericalismo y el paleofascismo. Silencio absoluto sobre los aspectos «escandalosos» del nuevo fascismo, que invalidan el antifascismo clásico. Silencio absoluto sobre la relación racista con los fascistas jóvenes y adolescentes. La respuesta de Ferrara consiste: a) en la pura y simple afirmación retórica de la presencia del PCI (¡que nadie ha puesto en duda!); b) en una serie de suposiciones infundadas sobre mis opiniones, que ante todo consisten en atribuirme una añoranza que no tengo. No añoro la Italieta, sino el inmenso mundo campesino y obrero anterior al Desarrollo, un mundo transnacional de la cultura, internacional en el sentido marxista. En segundo lugar, Ferrara —sin conocer la semiología, una ciencia con la que se ha topado de repen-

te— me acusa de culturismo y esteticismo simplemente porque me refiero a ellos. Son las lagunas culturales de Ferrara —que evidentemente no ha leído ningún libro desde los tiempos de Lombroso y Carolina Invernizio— las que le presentan como experiencias estéticas todas aquellas que sus lagunas culturales y humanas le impiden tener. Me da un rapapolvo trivial diciéndome que lo que cuenta no son las caras, sino los cerebros de la gente. Pues bien, el *cascherino* del que acabamos de hablar, con su mera presencia física, revela (como millones de semejantes suyos): 1) que en su cerebro se han depositado esos «valores» de la civilización capitalista de consumo que lo convierten en un pequeño burgués incapaz de llevar a la práctica dichos valores; 2) que, por consiguiente, o acepta el desarrollo o el PCI del «todo va bien»; 3) su frustración y la agresividad resultante podrían aceptar «también» las consignas revolucionarias de *Lotta Continua* y *Potere Operaio*, porque ha llegado ya a un nivel de mala conciencia, y también de vulgaridad, que le permiten adoptar excepcionalmente el mensaje extremista (en el caso de que alguien lo pronunciasse).

...

El fascismo es una lastimosa ruina. La encuesta de Bocca y Nozza en *Il Giorno* es un deber escolar equivocado y aburrido. Porque de todas las piezas que forman en Italia el mosaico fascista sólo tienen sentido las que están manipuladas por la CIA y otras fuerzas del capitalismo internacional, volcado en la conquista de los mercados: es decir, de naciones alegres, bastante libres, bastante tolerantes, perfectamente hedonistas, nada militaristas y nada clericales (por ser tendencias incompatibles con el consumo). Puede haber un caso límite, como el de Chile. Entonces se recurre a la fuerza y a una vuelta provisional al fascismo clásico. En cambio se

dan casos como el de Portugal, que debía dejar de ser una nación severa, ahorradora, arcaica, y entrar de una vez en el gran universo del consumo. Probablemente, Estados Unidos propició un acuerdo entre Spínola y Caetano. De los dos, el peor fascista «real» es Spínola (entre otras cosas me dicen que combatió con una formación portuguesa junto a las ss), porque a mi juicio el totalitarismo del capitalismo es peor que el totalitarismo del viejo poder. En efecto —mira por dónde— el totalitarismo del viejo poder no pudo ni siquiera arañar al pueblo portugués, como lo demuestra el 1 de mayo. El pueblo portugués ha celebrado el mundo del Trabajo —llevaba 40 años sin hacerlo— con una lozanía, un entusiasmo, una sinceridad absolutamente intactos, como si la última vez hubiera sido ayer mismo. En cambio, cinco años de «fascismo consumista» pueden cambiar radicalmente las cosas: empezará el aburguesamiento sistemático del pueblo portugués y ya no quedará espacio ni ánimo para los ingenuos anhelos revolucionarios. Ayer hubo una conferencia de prensa de Marco Pannella. Hablando con maravillosa vivacidad y alegría, a pesar de los cincuenta días de ayuno, Pannella pronunció una frase que quizá pocos hayan entendido: «Son paleofascistas y por eso no son fascistas». Me gustaría que esta frase fuese el epígrafe de nuestra entrevista.

16 de julio de 1974

*El fascismo de los antifascistas**

Marco Pannella lleva más de setenta días de ayuno. Ha llegado al límite; los médicos empiezan a estar verdaderamente preocupados y, más aún, asustados. Por otro lado, no se ve la menor posibilidad de que algún acontecimiento nuevo le permita suspender su ayuno, que puede ser mortal (hay que añadir que otros cuarenta compañeros suyos se le han ido sumando).

Ningún representante del poder parlamentario (es decir, tanto del gobierno como de la oposición) parece dispuesto en lo más mínimo a «comprometerse» con Pannella y sus compañeros. Parece que la vulgaridad del realismo político no puede encontrar ningún punto de contacto con el candor de Pannella, lo que le permitiría exorcizar y englobar su escándalo. El desprecio teológico le rodea. Por un lado Berlinguer y el CC del PCI, por otro los viejos poderosos democristianos. En cuanto al Vaticano, hace ya mucho tiempo que los católicos se olvidaron de ser cristianos. Nadie debe extrañarse y veremos por qué. Pero también son renuentes, escépticos y cobardemente evasivos frente al mensaje de Pannella los «menores» (es decir, los que tienen menos poder), como los llamados «católicos del no»; o los progresistas más libres (que intervienen en apoyo de Pannella sólo

* En *Corriere della Sera* con el título «Apriamo un dibattito sul caso Pannella» (Abramos un debate sobre el caso Pannella).

decir, un fascismo totalmente *distinto*) creó una nueva hegemonía cultural burguesa, que la Democracia Cristiana hizo suya, objetivamente, sin darse cuenta.

Ahora, en la nueva situación histórica de crisis de la Democracia Cristiana, coincidente con la crisis del Poder consumista, si el Partido Comunista quisiera, podría hacerse de nuevo con la situación y volver a proponer su hegemonía cultural. La autoridad que en los años cincuenta le daba la Resistencia, se la da hoy el hecho de ser la única parte de Italia limpia, honrada, coherente, íntegra, fuerte (hasta el extremo de haber fundado una suerte de país dentro del país, aunque con ello —involuntariamente, sin duda, dado que el país «rojo» se sitúa en el Norte, con capital en Bolonia— contribuya a la marginación del Sur cada vez más degradado).

19 de enero de 1975

*El coito, el aborto, la falsa tolerancia del poder,
el conformismo de los progresistas**

Estoy a favor de los ocho referendos del Partido Radical, y estaría dispuesto a participar en una campaña a su favor ya mismo. Comparto con el Partido Radical el afán de la ratificación, esto es, el afán de dar cuerpo formal a realidades existentes, que es el primer principio de la democracia.

Sin embargo, estoy traumatizado por la legalización del aborto, ya que la considero, como muchos, una legalización del homicidio. En los sueños, en el comportamiento cotidiano —algo común a todos los hombres— vivo mi vida prenatal, mi inmersión feliz en las aguas maternas: sé que ya existía ahí. Me limito a decir esto porque, a propósito del aborto, tengo cosas más urgentes que decir. Que la vida es sagrada es evidente: es un principio aún más fuerte que cualquier otro principio de la democracia, y es inútil repetirlo.

Lo primero que quiero decir, en cambio, es esto: el aborto es el primer y único caso en que los radicales y todos los abortistas democráticos más puros y rigurosos se remiten a la *Realpolitik*, luego recurren a la prevaricación «cínica» de los hechos probados y del sentido común.

Ellos, que siempre se han planteado, ante todo y acaso idealmente (como es lógico) el problema de cuá-

* En *Corriere della Sera* con el título «Sono contro l'aborto» (Estoy contra el aborto).

les son los «principios reales» que se han de defender, esta vez no lo han hecho.

Pero, como saben bien, no hay un solo caso en el que los «principios reales» coincidan con los que la mayoría considera sus derechos. En el ámbito democrático está claro que se lucha por la mayoría, o sea por el consorcio civil entero, pero resulta que la mayoría, en su santidad, siempre se equivoca: su conformismo es siempre, por naturaleza, brutalmente represivo.

¿Por qué considero que no son «reales» los principios en los que los radicales —en general, los progresistas— basan de modo conformista su lucha por la legalización del aborto?

Por una serie caótica, tumultuosa y emocionante de razones. Por lo pronto, yo sé, como he dicho, que la mayoría está ya toda, potencialmente, a favor de la legalización del aborto (aunque es posible que en un nuevo referendo mucha gente votara en contra y la «victoria» radical fuera mucho menos sonada). No cabe duda de que el aborto legalizado resulta, en efecto, de una comodidad enorme para la mayoría. Sobre todo porque haría aún más fácil el coito —el apareamiento heterosexual— para el cual ya casi no existirían obstáculos. Pero esta libertad de coito de la pareja, tal como la concibe la mayoría —esa permisividad maravillosa con ella— ¿quién la ha deseado tácitamente, quién la ha promulgado tácitamente, quién la ha hecho suya como costumbre tácitamente? El poder del consumo, el nuevo fascismo, que se ha adueñado de las exigencias de libertad, llamémoslas así, liberales y progresistas, y al hacerlo las ha invalidado, ha cambiado su naturaleza.

Hoy la libertad sexual de la mayoría de la gente en realidad es una convención, una obligación, un deber social, un ansia social, una característica irrenunciable

de la calidad de vida del consumidor. La falsa liberalización del bienestar ha creado una situación igual o peor que la de la época de la pobreza. Veamos. Primero: como resultado de una libertad sexual que nos ha «regalado» el poder, hay una auténtica neurosis general. La facilidad ha generado una obsesión, pues se trata de una facilidad «inducida» e impuesta, derivada del hecho de que la tolerancia del poder afecta únicamente a la exigencia sexual que expresa el conformismo de la mayoría. Tan solo protege a la pareja (naturalmente, no solo matrimonial), y la pareja se ha acabado convirtiendo en una condición paroxística, en lugar de un signo de libertad y felicidad (como en las esperanzas democráticas). Segundo: todo lo que sexualmente es «distinto» se ignora, se rechaza. Con una violencia equivalente a la nazi de los campos de concentración (naturalmente, nadie recuerda nunca que los distintos sexualmente acabaron allí dentro). Es verdad: de boquilla, el nuevo poder extiende su falsa tolerancia a las minorías. Incluso es posible que, antes o después, en la televisión se hable públicamente de ello. Por lo demás, las élites son mucho más tolerantes con las minorías sexuales que antes, y lo son sinceramente (porque eso les tranquiliza la conciencia). En cambio, la enorme mayoría (la masa: cincuenta millones de italianos) se ha vuelto de un intolerante tan burdo, violento e infame que no tiene igual en la historia italiana. Antropológicamente se ha producido estos años un fenómeno enorme de abjuración: el pueblo italiano, además de la pobreza, no quiere ni siquiera recordar su tolerancia «real», no quiere seguir recordando los dos fenómenos que mejor han caracterizado su historia. Esa historia que el nuevo poder quisiera ver enterrada para siempre. Esa misma masa (lista para el chantaje, las palizas y el linchamiento de las minorías) actualmente,

por decisión del poder, está saltándose la vieja convención clericalfascista y se dispone a aceptar la legalización del aborto y la consiguiente abolición de cualquier obstáculo en la relación de la pareja consagrada.

Ahora todos, desde los radicales hasta Fanfani (que esta vez, adelantándose hábilmente a Andreotti, está sentando las bases de una comedidísima abjuración teológica en las barbas del Vaticano), todos, repito, al hablar sobre el aborto, evitan hablar de lo que lógicamente lo precede, es decir, el coito. Omisión harto significativa. Está claro que el coito —con toda la permisividad del mundo— sigue siendo tabú. Pero en el caso de los radicales, el tabú no es la explicación: esa omisión indica la falta de un examen político sincero, riguroso y completo. Porque el coito es político. De modo que no se puede hablar políticamente, en concreto, del aborto sin considerar como asunto político el coito. No se pueden ver las marcas de una condición social y política en el aborto (o en el nacimiento de más hijos) sin ver esas mismas marcas en su inmediato antecedente, mejor dicho, en su causa, es decir, en el coito.

Políticamente, el coito de hoy se está volviendo muy distinto del de ayer. Las circunstancias políticas de hoy ya son las de la tolerancia (de ahí que el coito sea una obligación social) mientras que las circunstancias políticas de ayer eran la represión (de ahí que el coito, fuera del matrimonio, provocara escándalo). He aquí un primer error de *Realpolitik*, de compromiso con sentido común, que advierto en la acción de los radicales y los progresistas en su lucha por la legalización del aborto: aíslan el problema del aborto, con sus datos empíricos concretos, y por consiguiente dan una visión deformada, una visión que les resulta provechosa (con buena fe sería de locos cuestionarla).

El segundo error, el más grave, es el siguiente. Los radicales y el resto de los progresistas que se batan en primera línea por la legalización del aborto —tras haberlo aislado del coito— lo enmarcan en una problemática estrictamente contingente (en un caso italiano), interlocutoria incluso. Lo reducen a un asunto de puro pragmatismo que se ha de afrontar con el espíritu práctico debido. Pero esto, como saben bien, siempre es culpable.

El ámbito en el que se debe insertar el problema del aborto es mucho más amplio y va mucho más allá de la ideología de los partidos (que se destruirían a sí mismos si la aceptaran: véase *Breviario di ecologia* de Alfredo Todisco). El ámbito en el que se debe insertar el aborto es precisamente el ecológico: es la tragedia demográfica, que, en un horizonte ecológico, se presenta como la amenaza más grave para la supervivencia de la humanidad. En este ámbito, la figura —ética y legal— del aborto cambia de forma y naturaleza, y, en cierto modo, puede justificarse una forma de legalización. Si los legisladores no llegaran siempre con retraso y no hicieran oídos tristemente sordos a la imaginación para seguir fieles a su sentido común y a su abstracción pragmática, podrían resolver todo englobando el delito del aborto en otro más amplio, la eutanasia, y privilegiándolo con una serie de «atenuantes» de carácter ecológico, con lo que no dejaría de ser formalmente un delito ni de presentarse como tal ante la conciencia. Este es el principio que mis amigos radicales deberían defender, en lugar de meterse (con honor quijotesco) en un enredo, muy sensato pero un tanto mojigato, de madres solteras o de feministas angustiadas en realidad por «otra cosa» (harto más grave y seria). ¿En qué marco habría que situar la nueva figura del delito de eutanasia?

En este: antes la pareja era bendita; hoy está maldita. El convencionalismo y los periodistas imbéciles siguen enterneciéndose con la «parejita» (así, de un modo tan abominable, la llaman) sin darse cuenta de que se trata de un pequeño pacto criminal. Lo mismo ocurre con las bodas: antes eran fiestas, y su institucionalidad —tan estúpida y siniestra— era menos fuerte que el hecho que las instituía, feliz y festivo. Ahora, en cambio, todas las bodas parecen grises y apresurados ritos fúnebres. El motivo de estas cosas tan terribles que digo es claro: antes la especie debía luchar por la supervivencia y, por consiguiente, los nacimientos debían superar a las muertes. Cada hijo que nacía, por ser garantía de vida, era bendito: cada hijo que nace hoy es una contribución a la autodestrucción de la humanidad, luego está maldito.

Hemos caído en una paradoja: lo que se consideraba contra natura, hoy es natural, mientras que lo que se consideraba natural, hoy es contra natura. Recuerdo que De Marsico (colaborador del código Rocco) en un brillante alegato en defensa de una película mía, le llamó «cerdo» a Braibanti,¹ declarando inadmisibles la relación homosexual, por ser inútil para la supervivencia de la especie; ahora bien, para ser coherente, De Marsico debería afirmar lo contrario: el verdadero peligro para la especie sería la relación heterosexual, mientras que la homosexual representa una garantía.

En conclusión: antes del universo del parto y el aborto está el universo del coito, que es el que forma y condiciona el universo del parto y el aborto. Quienes se

¹ Aldo Braibanti, condenado a nueve años de cárcel en 1968 por «secuestro», es decir, por convivir maritalmente con un muchacho de 18 años (N.T.).

ocupan políticamente del universo del parto y el aborto no pueden considerar como ontológico el universo del coito —y no ponerlo en tela de juicio— sin caer en trivialidades o en un realismo mezquino. Ya he esbozado cómo se configura hoy en Italia el universo del coito, pero, para terminar, quiero resumirlo de nuevo.

Este universo incluye a una mayoría totalmente pasiva a la vez que violenta, que considera intocables todas sus instituciones, escritas y no escritas. Su fondo es todavía clericalfascista, con todos los lugares comunes que esto acarrea. La idea del privilegio absoluto de la normalidad es tan natural como vulgar, por no decir criminal. Todo está preconstituido, todo es conformista y se configura como un «derecho»: también lo que se opone a ese «derecho» (incluido lo que de hay de trágico y misterioso en el acto sexual) se asume de un modo conformista. Por inercia, a la cabeza de toda esta violencia mayoritaria sigue estando la Iglesia católica. Hasta en sus exponentes más progresistas y avanzados (léase el capitulito, atroz, en la página 323 de *La Chiesa e la sessualità* del progresista y avanzado S. H. Pfurtner²). Sólo que... sólo que en la última década ha intervenido la civilización del consumo, es decir, un nuevo poder falsamente tolerante que ha relanzado a gran escala la pareja, privilegiándola con todos los derechos de su conformismo. Sin embargo, a este poder no le interesa una pareja procreadora de prole (proletaria), sino una pareja consumidora (pequeñoburguesa): *in pectore*, este poder ya alberga la idea de la legalización del aborto (como albergaba la idea de la ratificación del divorcio).

² Existe traducción en español de J. Pérez Alija, *Iglesia y sexualidad*, Ed. Verbo Divino, 1977 (N.T.).

No me consta que los abortistas, en relación con el problema del aborto, hayan cuestionado todo esto. Lo que sí me consta es que, a propósito del aborto, callan lo del coito, con lo que aceptan —por *Realpolitik*, repito, con un silencio diplomático y, por tanto, culpable— su institucionalidad total, inamovible y «natural».

Mi opinión sumamente razonable, en cambio, es esta: en vez de luchar contra la sociedad que condena el aborto de un modo represivo, en el plano del aborto, hay que luchar contra dicha sociedad en el plano de la causa del aborto, o sea, en el plano del coito. Se trata —está claro— de dos peleas «en la retaguardia»; pero la del «plano del coito», además de tener más lógica y rigor, por lo menos presenta un abanico infinitamente mayor de implicaciones.

Hay que luchar, ante todo, contra la falsa tolerancia del nuevo poder totalitario del consumismo, desmarcándose de él con toda la indignación que el caso requiere; después hay que imponer a la retaguardia de ese poder, aún clericalfascista, una serie de liberalizaciones reales relativas al coito (y por consiguiente a sus efectos): anticonceptivos, píldoras, técnicas amatorias distintas, una moral moderna del honor sexual etc. etc. Bastaría con que todo esto lo difundiera democráticamente la prensa, sobre todo la televisión, y el problema del aborto pasaría a un segundo plano, aun manteniendo, como debe ser, su carácter de culpa, y por tanto, de problema de conciencia. ¿Es utópico todo esto? ¿Es descabellado pensar que una «autoridad» salga en la pantalla publicitando distintas técnicas amatorias? No creo que los hombres con quienes polemizo tengan que arredrarse ante esta dificultad. Hasta donde llego, para ellos lo que cuenta es el rigor del principio democrático, no

los hechos probados (como ocurre brutalmente para cualquier partido político).

Por último: muchos —carentes de la capacidad viril y racional de comprensión— tacharán esta intervención mía de personal, particular, minoritaria. ¿Y qué?

principio ofensivo en que se basa la noción del «sentimiento común del pudor» recogida en el código fascista de Rocco y de De Marsico.

1 de marzo de 1975

Corazón *

Con permiso del lector quiero volver sobre el asunto del aborto o, mejor dicho, sobre los problemas que ha suscitado la discusión acerca del aborto. Porque los problemas que cuentan de verdad son los del coito, no los del aborto.

No obstante, el aborto tiene en sí algo que evidentemente desencadena en nosotros fuerzas «oscuras» anteriores al propio coito: es nuestro eros, con sus límites, lo que pone en discusión —o sobre lo que impone la discusión—. En lo que a mí respecta, y como he dicho claramente, el aborto me remite oscuramente a la naturalidad ofensiva con que suele tomarse el coito. Una naturalidad tan ofensiva vuelve el coito tan ontológico que lo anula. Parece que la mujer se queda embarazada como si hubiera bebido un vaso de agua. Este vaso de agua es lo más sencillo del mundo para quien lo tiene, pero para quien está en medio del desierto, este vaso de agua lo es todo, y no puede dejar de sentirse ofendido por quienes lo consideran una nadería.

Los partidarios a ultranza del aborto (es decir, casi todos los intelectuales «ilustrados» y las feministas) hablan del aborto como de una tragedia femenina, en la que la mujer está sola con su terrible problema, como si en ese trance el mundo la hubiera abandonado. Lo en-

* En *Corriere della Sera* con el título «Non aver paura di avere cuore» (No tener miedo de tener un corazón).

tiendo. Pero podría añadir que cuando la mujer estaba en la cama, no estaba sola. Además me pregunto por qué las abortistas a ultranza rechazan con tantos aspavientos la retórica épica de la maternidad y en cambio aceptan sin rechistar la retórica apocalíptica del aborto.

Para el varón el aborto ha llegado a tener un significado simbólico de liberación: estar incondicionalmente a favor del aborto le parece una patente de ilustración, progresismo, falta de prejuicios, reto. En definitiva, es un juguete muy bonito y gratificante. Por eso se destila tanto odio contra quienes recuerdan que un embarazo no deseado puede ser, si no siempre culpable, por lo menos negligente. Y que si la práctica aconseja despenalizar el aborto, y eso es justo, no por ello el aborto deja de ser una culpa para la conciencia. No hay anticonformismo que la justifique, y si el anticonformismo consiste únicamente en un abortismo fanático, es normal que esta persona reaccione de un modo desabrido. Entonces recurre a los métodos más arcaicos para librarse del adversario que le priva de su placer de sentirse en vanguardia y sin prejuicios. Estos métodos arcaicos son los métodos infames de la «caza de brujas»: la instigación al linchamiento moral, la inclusión en listas de indeseables y la exposición al escarnio público.

La «caza de brujas» es propia de las culturas intolerantes, o sea, clericalfascistas. En un ambiente represivo, a la presa de la «caza de brujas» (el «distinto») primero se le despoja de humanidad, para que sea lícito excluirla de cualquier fraternidad o piedad; a esto generalmente le sigue la eliminación física (Himmler, los campos de concentración).

Pero he dicho y repetido que la sociedad italiana de hoy ya no es clericalfascista, sino consumista y per-

misiva. El hecho de que en ella pudiera desatarse una campaña persecutoria con caracteres arcaicos clericalfascistas contradiría mi afirmación. En realidad, la contradicción es solo aparente. De entrada, los autores de esta campaña goliárdica, vulgar y desagradable contra la «diversidad» son casi todos hombres de edad avanzada, que se han formado antes de la edad del consumo y de su presunta permisividad; en segundo lugar, como he dicho y repetido siempre, el consumismo no es más que una nueva forma totalitaria, porque es totalizador y enajenante hasta el límite extremo de la degradación antropológica, o genocidio (Marx), y por lo tanto su permisividad es falsa: es la máscara de la peor represión jamás ejercida por el poder sobre las masas ciudadanas.

En efecto (como dice uno de los protagonistas de mi próxima película, inspirada en De Sade y ambientada en la República de Salò): «En una sociedad donde todo está prohibido, se puede hacer todo; en una sociedad donde se permite algo, sólo se puede hacer algo».

¿Qué es lo que permite la sociedad permisiva? Permite la proliferación de la pareja heterosexual. Y está muy bien. Pero hay que ver cómo se lleva a cabo en concreto. Se lleva a cabo en función del hedonismo consumista (por usar palabras «francas», ya poco más que siglas), lo que acentúa al máximo el momento social del coito. Además impone su obligación: el que no está emparejado no es un hombre moderno, lo mismo que el que no bebe Petrus o Cynar. También impone una precocidad neurotizante. Niños y niñas apenas púberes —dentro del espacio obligado de la permisividad que vuelve paroxística la normalidad— tienen una experiencia del sexo que suprime las tensiones en el propio campo sexual y, en los otros campos, cualquier posibilidad de sublimación. Se diría que las sociedades

represivas, como decía el ridículo eslogan del fascismo, necesitaban soldados, santos y artistas, mientras que la sociedad permisiva solo necesita consumidores. Por lo tanto, aparte de ese «algo» que la sociedad permisiva permite, todo lo demás ha recaído —para vergüenza de los ideales progresistas y la lucha desde abajo— en el infierno de lo prohibido, del tabú que mueve a risa y odio. Se puede seguir hablando de los «distintos» con la misma brutalidad que en los tiempos clericalfascistas; solo que, lamentablemente, esa brutalidad ha aumentado en la medida en que lo ha hecho la permisividad con el coito normal. Ya he tenido ocasión de decir que, frente a la presencia de cierta minoría selecta de personas tolerantes (que gratifican así su conciencia democrática), en Italia hay cincuenta millones de personas intolerantes listas para el linchamiento moral. Lo cual no había ocurrido nunca en la historia italiana. Pero hoy añado que esa minoría de personas tolerantes ha demostrado claramente que su tolerancia es solo verbal, y que en realidad les satisfacen plenamente la idea de un gueto adonde puedan relegar mentalmente a los «distintos» (¿para que se apareen con quién?) y donde puedan verlos como «monstruos» sueltos, con quienes están permitidas las burlas más vulgares. No hay más que ver el caso de Maria Schneider, con quien toda la prensa italiana se ha comportado del modo más descaradamente canallesco y más atolondradamente fascista.

Pero hay otra serie de consideraciones —que me interesan más— nacidas de la amarga meditación de estas semanas.

Ya he dicho que el ser incondicionalmente abortista garantiza a quien lo es una patente de racionalidad, ilustración, modernidad, etc. Garantiza, en este caso concreto, cierta falta «superior» de sentimientos, lo cual

llena de satisfacción a los intelectuales (llamémosles así) pseudoprogresistas (no, desde luego, a los comunistas serios o a los radicales). A tipos como Dino Origlia, por dar algún nombre.

La mayoría de mis adversarios me han hecho notar, desvergonzada, histérica e inconscientemente, esa falta «superior» de sentimientos a propósito del aborto. Solo ha habido una intervención civilizada y verdaderamente racional, la de Italo Calvino (*Corriere della Sera*, 9-2-1975). Sobre ella quería discutir.

Lo mismo que yo, Calvino proviene de una formación y, se puede decir, de una vida entera transcurrida bajo regímenes tradicionalmente clericalfascistas.

Cuando éramos adolescentes estaba el fascismo. Luego vino la primera Democracia Cristiana, que fue la continuación literal del fascismo. Era justo, pues, que reaccionásemos como lo hicimos. Era justo, pues, que recurriésemos a la razón para desacralizar toda la mierda que habían sacralizado los clericalfascistas. Era justo, pues, que fuésemos laicos, ilustrados, progresistas a ultranza.

Ahora Calvino —si bien indirectamente y con el respeto de una polémica civilizada— me reprocha cierto sentimentalismo «irracional» y cierta tendencia, igual de «irracional», a dar un carácter injustificadamente sagrado a la vida.

Ciñéndome a la discusión sobre el aborto, le replicaría a Calvino que yo no he hablado nunca de una vida en general, sino siempre de esta vida, de esta madre, de este vientre, de este *nasciturus*. He evitado las generalizaciones (y si al hablar de la vida he usado la palabra «sagrada» ha sido evidentemente una cita, no desprovista de ironía). Pero esto no es lo importante. El problema es mucho más amplio y atañe a un modo de

concebir la manera de ser intelectuales, que consiste ante todo en tener que poner siempre en discusión nuestra función, sobre todo en lo que parece más indiscutible: las premisas de ilustración, laicidad y racionalismo.

Por inercia, por pereza, por inconsciencia —por el deber fatal de ser coherentes—, muchos intelectuales como yo y como Calvino corren el riesgo de ser superados por una historia real que les amarillea de repente, transformándoles en estatuas de cera de sí mismos.

Porque el poder ya no es clericalfascista, ya no es represivo. Ya no podemos usar contra él los argumentos —a los que nos habíamos acostumbrado, casi aficionado— que habíamos esgrimido tantas veces contra el poder clericalfascista, contra el poder represivo.

El nuevo poder consumista y permisivo se sirvió justamente de nuestras conquistas mentales de laicos, de ilustrados, de racionalistas, para construir su propio andamiaje de falso laicismo, falsa ilustración y falsa racionalidad. Se sirvió de nuestras desacralizaciones para librarse de un pasado que, con todas sus atroces e idiotas sacralizaciones, ya no le servía.

Pero este nuevo poder, en compensación, llevó al extremo su única sacralidad posible: la del consumo como rito y, naturalmente, de la mercancía como fetiche. Ya nada se opone a todo esto. El nuevo poder no tiene el menor interés, o la menor necesidad, de enmascarar con religiones, ideales o cosas así lo que Marx había desenmascarado.

Como pollos de granja, los italianos absorbieron enseguida la nueva ideología religiosa y antisentimental del poder, tal es la fuerza de atracción y convicción de la nueva calidad de vida que promete el poder, y tal es, también, la fuerza de los instrumentos de comunicación (sobre todo la televisión) de que dispone el poder.

Como pollos de granja, los italianos aceptaron luego la nueva sacralidad, sin nombrar, de la mercancía y su consumo.

Así las cosas, nuestros viejos argumentos de laicos, ilustrados y racionalistas, no solo están mellados y son inútiles, sino que incluso hacen el caldo gordo al poder. Decir que la vida no es sagrada y que el sentimiento es estúpido es hacerles un inmenso favor a los productores. Y además, como se suele decir, llueve sobre mojado. Los nuevos italianos no saben qué hacer con la sacralidad, todos son, pragmática cuando no convencidamente, modernísimos; y en cuanto a los sentimientos, tienden a librarse rápidamente de ellos.

En efecto: ¿qué es lo que hace posibles —en concreto, en los gestos, en la ejecución— los atentados políticos mortíferos una vez planeados? Es terriblemente obvio: la falta de un sentido de la sacralidad de la vida de los demás, y la ausencia de todo sentimiento en la propia. ¿Qué es lo que hace posibles los hechos atroces de un fenómeno —en este sentido, imponente y decisivo— como la nueva criminalidad? Sigue siendo terriblemente obvio: considerar que la vida de los demás no vale nada y el propio corazón sólo es un músculo (como dice uno de esos intelectuales que más hacen llover sobre mojado, mientras mira con sosiego, con miseria y desprecio desde el centro de la «historia» a los desgraciados como yo, que vagan desesperados por la vida). Por último me gustaría decir que si algún día renace una forma de fascismo arcaico de la mayoría silenciosa, renacerá de la elección escandalosa que haría (en realidad ya lo hace) dicha mayoría silenciosa entre la sacralidad de la vida y los sentimientos, por un lado, y el patrimonio y la propiedad privada, por otro, a favor de esta segunda alternativa. Por eso, a diferencia

de Calvino, pienso que —sin renunciar a nuestra tradición mental humanista y racionalista— ya no debemos tener miedo —como teníamos antes, con razón— de no desacreditar lo suficiente lo sagrado, o de tener un corazón.

1 de febrero de 1975

*El artículo de las luciérnagas**

«La distinción entre fascismo adjetivo y fascismo sustantivo se remonta nada menos que al diario *Il Politecnico*, es decir, a la posguerra inmediata...». Así empieza un artículo de Franco Fortini sobre el fascismo (*L'Europeo*, 26-12-1974); un artículo que, como se suele decir, suscribo por completo, plenamente. Pero no puedo suscribir su tendencioso principio. Porque la distinción entre «fascismos» que hace el *Politecnico* no es pertinente ni actual. Todavía podía valer hace diez años, cuando el régimen democristiano era la pura y simple continuación del régimen fascista.

Pero hace diez años sucedió algo. Algo que no existía y no era previsible no solo en los tiempos del *Politecnico*, sino ni siquiera un año antes de que sucediese (o incluso, como veremos, mientras sucedía).

La comparación real entre «fascismos» no puede hacerse, cronológicamente, entre un fascismo fascista y un fascismo democristiano, sino entre un fascismo fascista y un fascismo radical, total, imprevisiblemente nuevo que nació de ese algo que sucedió hace diez años.

Como soy un escritor y escribo en polémica, o por lo menos discuto, con otros escritores, permítanme que haga una definición de carácter poético-literario de aquel fenómeno que sucedió en Italia hace diez años.

* En *Corriere della Sera* con el título «Il vuoto del potere in Italia» (El vacío de poder en Italia).